

**H**ACE un par de semanas he estado en Luxemburgo. Para los malpensados aclaro que mi viaje no tenía nada que ver con dinero sino con medallas. No era sitio de mi predilección. Sólo había estado una vez cuando llevé a un grupo de futuros especialistas en legislación comunitaria a una visita a las instituciones europeas. Tenía el recuerdo de una cena numerosa –unos veinte o así– en una posada donde decían que había pernoctado Napoleón durante una de sus campañas. La comida, normal pero lo bueno fue el pago de la cuenta. La dueña se empeñó y no hubo manera de convencerla de lo contrario en cobrar a cada comensal lo que había consumido. Entre el cálculo de las facturas, el pago, el cambio, el IVA, la propina, casi diez minutos por cabeza, dos horas, más o menos. Parece que allí, a diferencia del resto del mundo, se resisten a dividir por partes iguales los perjuicios totales porque se producen resentimientos entre el que pidió salchicha y el que se zampó una langosta. Es verdad que es más justo el sistema individual pero aseguro que es insostenible. Excuso decir cómo se le habrá cobrado a Bonaparte que no venía solo.

Pues me he venido con otra impresión. Como se sabe, el país es de muy limitada dimensión para no decir que es pequeño. Y viven


**NIELSON  
SÁNCHEZ-STEWART**
**ABOGANDO**

## MIGRACION

Las cosas y las ideas cambian y el que vino a pasar un año puede quedarse para siempre y el que pensaba establecerse, regresa cuanto antes

allí un poco más de medio millón de almas. Pues bien, más de la mitad son extranjeros. Hay 90.000 portugueses, portugués arriba, portugués abajo, y ciudadanos procedentes de, dicen, 143 países diferentes. Algo así como Marbella, pero a lo Gran Ducado. A pesar de, o quizá por, esa circunstancia, viven perfectamente en paz, integrados y sin problemas añadidos. Igual que nosotros aquí porque cuando se recibe al extranjero como a una persona digna de respeto y no como a un número, el que viene, salvo que sea un malnacido, se siente en deuda y procura colaborar con el medio que lo ha acogido.

Estas reflexiones vienen a cuento a propósito de la lamentable política migratoria de la Unión

Europea y de las actitudes de muchos extremistas que siguen pensando que se puede solucionar la trashumancia humana encerrándose en la ciudadela. Como si el europeo no hubiese venido desde Irán o el Cáucaso a complicarle la vida a los desgraciados que ya estaban en esta codiciada tierra y como si, a pesar de sus maravillas, no hubiésemos ido también a jorobar a otras latitudes, América, África. Hay un rubicundo candidato, por suerte lejos, que aboga por construir una muralla. Contra ella se habrían dado sus abuelos si hubiese estado edificada porque vinieron del otro lado del Atlántico. No eran pieles rojas.

Se habla todos los días de inmigrantes y refugiados sin distinguir muy bien a unos y a otros. Alguien

decía que hay que darles tratamiento diferenciado porque los segundos buscan un asilo temporal y una vez solucionado el problema que motivó su traslado, tienden a regresar a casa. Los inmigrantes, aquellos que vienen por razones económicas deben ser integrados porque no tienen intención de regresar. Parece muy elaborada esta teoría pero, en la práctica, no funciona. Cada persona es distinta y no debe ser catalogada ni etiquetada. Las cosas y las ideas cambian con el tiempo y el que vino a pasar un año puede quedarse para siempre y el que pensaba establecerse, regresa cuanto antes.

En cualquier caso, el auténtico problema está en los medios de los que dispone esa pobre gente, en los inescrupulosos desalmados que se aprovechan del estado de necesidad en que viven, en la miseria de sus países de origen, muchas veces motivada por el desigual reparto de la riqueza y la voracidad de los sinvergüenzas que los rigen y, también por la torpeza y la miopía de los dirigentes de la Unión que están más preocupados de sus votantes y del resultado de las próximas elecciones que de las vidas que tienen en sus manos.

Y no se puede tratarles como a números, tantos para aquí, tantos para allí. No es lo mismo España que Letonia, por ejemplo y con perdón.